

San Luis. Apenas hubo llegado á su guarida, se dirigió presuroso á la capilla donde estaba el Señor pendiente del madero, y sin darle tiempo para nada, lo azotó de tal modo con el plano de su espada que lo dejó medio muerto. Aquello era un severo castigo por haber permitido que sus huestes fueran destrozadas.

Desde aquel día, el justo resentimiento de la milagrosa imagen se hizo notar, pues que las fuerzas lozadeñas empezaron á sufrir fuertes descalabros. Indignado Lozada por tal conducta, resolvió deshacerse del Señor y al efecto lo mandó echar un día á la corriente del río de Álica.

Este es una confluente del río grande que al pasar lamiendo las casas del pueblo de Santiago Ixcuintla, toma allí el nombre de dicho pueblo.

La imagen fué arrebatada por la corriente. Al llegar frente al pueblo de Santiago, algunos pescadores descubrieron al cristo crucificado que giraba hacia tiempo sobre la superficie del agua, sin pasar de allí. Sacáronlo inmediatamente y lo llevaron con gran pompa al templo de donde en otro tiempo fué extraído. Los de Santiago aseguraron entonces y aún aseguran hoy, que su veneranda imagen se escapó furtivamente de San Luis, para volver á su querido pueblo. Y, aunque se dice que nada hay oculto bajo las estrellas, es lo cierto que los devotos hijos de Santiago no han llegado á saber la tremenda flagelación de que su Señor fué víctima, ni la circunstancia de haber sido lanzado de los dominios del cacique como extranjero pernicioso.

## El diablo azotado en Tepetlaoxtoc.

### I.

Obsequiando los deseos y la amable invitación de un respetable amigo, nos dirigimos una nublada mañana de Agosto á la estación del ferrocarril de Irolo donde previo el requisito legal de abrir el bolsillo al expendedor de boletos; emprendimos el vuelo en alas del vapor, como diría un poeta, hacia la villa de Tepetlaoxtoc población situada dos leguas más allá de la antigua capital del rico imperio de Netzahualcoyotl ó sea la histórica ciudad de Texcoco.

Marchábamos á todo vapor dejando atrás á la gran Tenoxtitlán, á la reina de América ostentando sus espléndidos palacios, sus elegantes cúpulas y elevadas torres que veíamos destacarse á lo lejos, al traves de la bruma, como gigantescos y blancos fantasmas surgiendo de sus lagos. Más allá, por donde quiera que volvíamos la vista, descubríamos pequeños pueblos, ve-



tustos campanarios medio ocultos entre arboledas; y más lejos aún, montañas de formas caprichosas, semejantes algunas á grandes conos ó altas pirámides, que nos parecían monumentos antiguos, templos indios respetados por la destructora mano de los conquistadores, y en pie asistiendo impacibles á la ruina de los vastos imperios que á sus alrededores se asentaron.

MI IMAGINACIÓN VAGABA POR LAS FANTÁSTICAS REGIONES DEL PASADO: Parecíame ver salir de cada recodo del camino, de cada edificio en ruinas, algún gran señor indio, acompañado de numeroso séquito con sus pintorescos trajes adornados de oro bruñido y de pintadas plumas. Nos sacó de tan agradables lucubraciones el silvido de la locomotora que anunciaba la llegada del tren á la estación de Tepetlaoxtoc: allí lo abandonamos para montar en briosos corceles que impacientes nos esperaban piafando. Poco después, entrábamos por las calles del pueblo que atravesamos á galope tendido para subir á una eminencia que corona una capilla llamada del calvario, desde la que se domina perfectamente la población. Desde allí descubrimos el caserío diseminado en una gran extensión, distinguiéndose apenas los techos que se ocultan entre fresnos, cipreses y olivos. Veíamos sobresalir: la alegre torre de su parroquia que asentada en la falda de una loma, tiene á su frente espaciosa y ancha gradería, cerrada á los lados con algunos sepulcros y sombreada, cual antigua y romancesca ermita, por corpulentos cipreses y cedros; más lejos, separadas por grandes grupos de árbo-

les, las exiguas torrecillas de tres ó cuatro capillas que también encierran en su recinto prolongadas hileras de sepulcros, que veíamos blanquear entre el oscuro follaje.

Después de esto, dos cosas llamaron nuestra atención en aquel pueblo: La pequeña capilla llamada de Tlaxcantla, de la que luego nos ocuparemos con más extensión por haberse desarrollado allí los curiosos sucesos que motivan este artículo; y el culto que sus habitantes rinden á los usos antiguos, con detrimento de la ley y en flagrante oposición con los preceptos de la higiene pública bastante vulgarizados ya: Quiero referirme al hecho de que sin embargo de haber allí muy cerca de cuatro mil habitantes, no existe ningún panteón y aún inhuman sus cadáveres en el lugar más céntrico del pueblo, en el atrio de la Parroquia que de tiempo inmemorial se ha convertido en cementerio.

Satisfecho el deseo que teníamos de ver el panorama de la población desde la loma del Calvario bajamos de allí y á poco nos dirigimos, guiados por un inteligente amigo vecino del pueblo, á la famosa capilla de Tlaxcantla que deseábamos conocer, por su celebridad en los antiguos fastos de la Villa.

La capilla se halla situada en un lugar solitario, al S. E. del pueblo. Está cercada por una pared de adobe, poco elevada á uno de cuyos lados se abre una ancha puerta que da acceso á un estrecho patió ó más bien á un cementerio, pues hay allí algunas tumbas y muchos cipreses, de los que al decir de nuestro guía,



hay varios que cuentan más de dos siglos de existencia.

En el fondo del patio está la capilla, y cerca de ella unas piezas en ruinas; pero antes de describir el pequeño edificio que, entre paréntesis, nada tiene de notable en lo que respecta á su arquitectura, creemos necesario hablar de su fundador, el célebre Fray Domingo de Betanzos, que tan principal papel hace en esta relación. Con gusto dejaremos la palabra á nuestro inteligente guía, ó más exactamente hablando, oiremos la relación escrita que hace algunos años exhumó del archivo del curato, referente á los sucesos que en seguida mencionamos y que, como antigua y verídica tradición, se conserva entre los habitantes de Tepetlaoxtoc.

## II.

“El Illmo. D. Fr. Domingo de Betanzos, nació en la ciudad de León, en España: estudió en la Universidad de Salamanca y recibió en ella el grado de licenciado en derecho civil. Su amor á la virtud le hizo preferir la vida eremítica y solitaria, al glorioso ruido de las escuelas y huyó de Salamanca buscando á Dios en la soledad. Encaminose á Roma á pedir al Papa la bendición y la licencia. Recibido benignamente por el romano pontífice que lo alentó en sus buenos propó-

sitos, salió de Roma para Nápoles y en la Isla Ponza, famosa por su soledad y cuevas, dió principio á su vocación. Mas la intemperie del clima que en la edad de 25 años le había puesto enteramente cano, le obligó á pasar á otro paraje de la misma isla, donde permaneció 5 años entregado á la oración y al ayuno.

“Regreso á España en busca de un amigo y compañero apellidado Arconeda y habiéndolo hallado religioso de Santo Domingo en el convento de Salamanca, se determinó á tomar el mismo hábito, como lo verificó en el expresado convento.

“Por el año de 1514 pasó á la isla de Santo Domingo, donde aprendió la lengua de aquellos indios y les predicó en ella, como en la castellana á los españoles.

“A los doce años entró en México con los primeros religiosos de su orden presididos del P. Fr. Tomás Ortiz, vicario general. De México hizo un viaje á Guatemala, donde fundó los primeros conventos de su orden y embarcándose después para Veracruz, pasó á Roma á tratar de la separación de la provincia de Nueva España de la Santa-Cruz de la Isla Española, lo que consiguió en el capítulo general de 1532.

“Nombrado vicario general de la Nueva España, por el Rmo. Tenario, al pasar por Valladolid á besar la mano del Emperador Carlos V. para restituirse á la América, fué presentado por primer obispo de Guatemala, cuya dignidad renunció con admirable entereza. Volvió á México, y en 1º de Mayo de 1536, fué electo pro-



vincial de esta provincia que acabó de siméntar y continuó ilustrando y engrandeciendo.”

Refiere en seguida el cronista cómo, en el capítulo en que fué electo el V. P. Fr. Domingo de Betanzos, “determinó el santo provincial que: en el pueblo de Tepetlaoxtoc se fundara un convento, con la advocación de Santa María Magdalena, que fuese de recolección para que se retirasen á él los que se hayasen con deseo y espíritu de más rigurosa observancia que la que había en el convento de México, siendo así que la de esta casa era extrema, sin que nescitasen de la más leve reforma. A este convento se retiró el V. P. Betanzos con otros religiosos que compartieron con el aquella vida toda consagrada á la maceración y al ayuno.”

Hablando después de la construcción del convento, dice:

“En medió de la huerta de aquella santa casa labró el bendito anacoreta un oratorio que rodeó de cipreses para que lo opaco de sus ramas lo hicieran más devoto y su simbolo lo tuviera en perpetuo luto por serlo de la muerte; y así fué reputado por los antiguos, como árbol funesto.”

“A la entrada hizo un claustrito de seis pies de ancho, y en medio de él un huertecillo con doce pies en cuadro, para que hasta lo reducido de aquellas cuatro paredes persuadieran mudamente á su alma el recogimiento interior.”

“A su lado hizo una capilla en la que colocó una devotísima imagen de Cristo crucificado y allí inme-

diato labró una celdilla que con más propiedad la llamaríamos sepulcro, pues apenas cabía en ella una silla y la tarima en que el siervo de Dios descansaba un rato.”

Nada es necesario añadir á esta sencilla, pero exacta descripción. Aún pudimos ver “el claustrito de seis pies de ancho;” el huertecillo donde las yerbas crecen extendiendo por todas partes sus incultas ramas; la reducida capilla y la pequeña celda donde “el siervo de Dios descansaba.”

Hemos dado una idea de la capilla llamada de Tlaxcantla, y de su célebre fundador. Veamos ahora los portentosos sucesos que allí se obraron.

“Convencidos, dice el citado cronista, los indios de aquel partido (Tepetlaoxtoc) con la eficaz doctrina del V. P. Betanzos que el verdadero Dios era el que los padres predicaban, y que los ídolos que hasta allí habían adorado eran demonios del infierno, fueron descubriendo al bendito padre varios ídolos y á porfia se los llevaban para que los hiciera pedazos y quitara de sus ojos tan maldita abominación. Entre los ídolos que le manifestaron fué uno el de “Zahualcoatl” á el que los reyes de Texcoco habían venerado mucho y hecho un famoso templo en la cumbre del cerro de Texcoingo, al que se subía por 520 escalones labrados en la misma piedra. Estaba en contorno todo el monte sembrado de muchos árboles frutales, jazmines, y variedad de olorosas flores que hacían el sitio ameno y delicioso. Para regar todo el cerro, condujeron agua



de un monte alto, distante de allí más de dos leguas y derribando en unas partes collados y en otras terraplenando valles, la hicieron llegar á lo alto del cerro, donde dividida en varios canales descendía regando todos los árboles y matas de flores que estaban sembrados en su circunferencia.

“Teniendo pues noticia de este ídolo, el siervo de Dios, y sabiendo que era la figura de un coyote ó semilobo, labrado en la misma piedra viva, de que era toda la cumbre del monte, se fué allá con algunos instrumentos para picarla y echar por tierra sus sacrílegos altares.

“En varias partes del cerro estaban muchos palacios magníficos en los que se hospedaban los grandes señores y reyes extranjeros que iban á sacrificar. Sus portadas eran piedras de una pieza y todos ellos cubiertos de cedro del que se halló una plancha de casi noventa pies de largo y cuatro de ancho. Antes de llegar á la cumbre, donde estaba fabricado el templo y colocado el ídolo, se pasaba por una bóveda hecha en la misma piedra que constaba de doce gradas, pero tan angosta, que solo cabía por ella el cuerpo de un hombre. Mandola hacer así un rey de Texcoco para que cuando acompañaba á otros reyes, el los presidiese como sumo sacerdote del sacrificio, sin que lo estrecho del lugar le permitiera dar su lado á otro, aunque fuera gran señor.

“Todo esto admiró el P. Betanzos; y llegándose con intrepidez á la infernal figura del ídolo mandó á los

oficiales que llevaba que, depuesto todo recelo, lo picaran y demolieran.....

“Fué importantísima esta diligencia para desarraigar de sus corazones la idolatría. Tenían ellos creído que el que mal trataba á su Dios Zahualcoitl, de obra ó de palabra, se lo tragaba la tierra; mas viéndolo ahora ultrajado y deshecho por el bendito padre, confesaron su engaño y arrepentidos de él, dieron total ascenso á la fé de Jesu-Cristo.

“A más de estas estupendas y auténticas maravillas que obró el Señor por medio desu siervo Fray Domingo de Betanzos, también obró algunas muy singulares y dignas de toda memoria.

“Lo más del tiempo que lo mereció este reino que fueron veintidos años, vivió en aquel retiro empleado en ejercicios de oración y penitencia. Los indios de aquel pueblo lo amaban como á padre y lo veneraban como á santo. Y conociendo, por repetidas experiencias, lo mucho que podía con Dios, se fueron un día á él y le dijeron: Padre, apiádate de nosotros y remedia nuestras necesidades. Bien te consta que en nuestro pueblo no tenemos agua y que la que bebemos y bebéis los padres nos cuesta traerla de muy lejos por no haber ningún manantial por aquí cerca. Tú, si quieres, nos la puedes dar por que Dios oye tus ruegos.” “Con grande atención los estuvo oyendo el bendito padre y conociendo que aquella súplica de los indios, nacía de piedad y fé, á la que nada es imposible, les dijo: Hijos míos, bien conozco vuestra necesidad; pero yo soy tan gran-



de pecador indigno de la tierra que piso y de que Dios oiga mis voces; más tened fé en Dios y pedidle á Santa María Magdalena que es muy poderosa su intercesión para conseguir esto y mucho más. Mañana vendréis todas á misa y haremos una procesión de rogativa y el Señor hará lo que más convenga.

“Al día siguiente concurrió todo el pueblo á la Iglesia, y finalizada la misa, se hizo una muy devota procesión por el campo implorando la divina piedad por la intercesión de los santos.

“En el sitio en que el bendito padre le pareció ó en el que Dios le movió, que es lo cierto; se hincó de rodillas y empezó á clamar á su devota Magdalena. No se hizo sordo el cielo á sus ruegos ni Santa Magdalena desentendida á sus súplicas; porque allí mismo empezó á brotar un ojo de agua muy dulce y cristalina del que hasta hoy se mantiene el pueblo.

“La fama de esta maravilla se divulgó por toda la comarca y fueron muchos los indios que se convirtieron á Dios y recibieron el santo bautismo.

“De esto estaba muy pesaroso el demonio porque le iban cesando los grandes, cruentos sacrificios que le hacían los indios en el templo de que antes se habló.

“Maquinando pues el demonio modos y trazas para persuadir á los indios, no dieran crédito á la doctrina que les predicaba Fray Domingo y los demás religiosos sus compañeros, tomó la figura de un viejo venerable y se les empezó á manifestar dentro de una cueva, en la que fingió haberse retirado á morir por no ver

las aflicciones de su muy amada indiana generación. “A la novedad empezaron á ocurrir muchísimos indios á él deseando verle y oírle porque para engañarles mejor, sabía revelarles muchas cosas ocultas, con lo que en breve consiguió pervertir los corazones de muchos.

“Lamentábase con ellos, con palabras muy sentidas fingiendo lágrimas, de la facilidad con que habían vuelto la espalda á sus antiguos dioses, engañados de unos hombres extranjeros.

“Deciales que de aquí se habían originado sus desgracias y perder el Señorío de su grande y rica tierra; pero que si arrepentidos de lo hecho dejaban la doctrina y pernicioso ley que habían nuevamente recibido, que los dioses, apiadados de ellos los volverían á recibir bajo su protección y tutela como antes, olvidados de su ingratitud y del grande agravio que les habían hecho en dejar su culto y sacrificios y en haber demolido sus aras, destrozando sus estatuas y derrivando sus templos.

“En muchos hizo tal impresión esta diabólica astucia, que pesarosos de ser cristianos, se volvieron en lo oculto á sacrificar á los ídolos siéndoles molesto asistir á la iglesia y todo lo que era utilidad de sus almas como oír misa, etc., etc.

“No dejó de conocer el siervo de Dios que había alguna grande novedad en los indios, al ver que de la noche á la mañana se le habían entibiado y aún resfriado en el servicio de Dios: y convencido de que sa-



tanás había urdido alguna trama de las suyas, para perder á aquellos miserables, empezó á averiguar por los niños, que son los que dicen las verdades, y por otras personas de quienes tenía satisfacción y confianza, la causa de haberse resfriado en el servicio de Dios los indios de Tepetlaoxtoc, y de ya no pedir ninguno el santo bautismo; habiendo así muchos infelices en el pueblo y en todo aquel pártido.

“Informado plenamente ser todo aquello tramoya, efecto de las malditas persuaciones del fingido viejo y verdadero diablo que se dejaba ver en la cueva, convocó un día á todo el pueblo y le mandó que le siguiera.

“Con la estola al cuello fué hasta la cueva donde estaba el infernal fantasma. Salió el fingido indio haciendo visajes, y el varón de Dios le echó la correa al cuello y le mandó, en nombre de Jesu-Cristo que lo siguiera sin mudar de figura.

Llevólo al atrio del convento y lo ató de pies y manos á un árbol. Allí lo conjuró de parte de Jesu-Cristo y en virtud de su santo nombre, le mandó dijera quién era y que fin había tenido en tomar aquella figura. Aquí, dando un espantoso aullido dijo el falso espíritu:

“Yo soy el demonio que envidiando la salvación de las almas de estos indios, les vine á persuadir, en esta figura, que adoraran como antes los ídolos y no apreciaran la doctrina que les predicáis ni recibieran la fé de Cristo que les proponéis.

Pero ahora..... ¡ay de mí! compelido de la virtud del omnipotente me veo precisado á decir: que la ley

que tú y los demás ministros predicáis es santa y la única que hace á las almas felices y bien aventuradas, de tal modo que el que la desprecia y no la quiere recibir ó recibida no la observa; este se pierde sin remedio y nos va á hacer compañía en los ardores del infierno á mí y á los demás espíritus infernales, donde padecerá eternas penas mientras Dios es Dios que será sin fin.”

“Atónitos quedaron los indios al oír esto; y sabiendo que era el demonio el que ellos habían empezado á respetar como oráculo, clamaron al siervo que lo enviara al infierno: que ellos prometían vivir de allí en adelante arreglados á los mandamientos de la divina ley y no volver á dar oídos á persuaciones diabólicas.”

“No temáis hijos míos (les dijo el varón santo) que Dios está con vosotros y quiere vuestra salvación. Ya habéis visto como este engañador de las gentes pretendió perderos para siempre, persuadiéndoos que dejaráis la fé católica. A esta culpa le corresponde mucha pena, aunque él la tiene eterna en el infierno; pero para su mayor confusión, de uno á uno idlo azotando todos que yo lo haré al último. Obedecieron los indios y unos con palos y otros con cueros y sogas le fueron dando de golpes diciéndole al mismo tiempo muchas palabras injuriosas. Hecho esto se llegó á él el siervo de Dios y le dijo con imperio: En nombre de Jesu-Cristo, hijo de Dios vivo, te mando que ahora en este punto, te vayas al infierno y no vuelvas á inquietar á las hechuras de Dios.



“Dióle entonces un golpe con la estola y convertido en un remolino de negro humo, el fingido indio dió un estallido y se desapareció de los ojos de todos, sin quedar más rastro de él que un hedor pestilentísimo. De allí á poco empezó á marchitarse el árbol en que estuvo amarrado, hasta que se secó del todo.”

Nosotros recorriamos aquellos sitios con la ávidez propia del que asiste á un lugar donde tan asombrosos acontecimientos se han consumado. Nuestro “cicerone” nos condujo al lugar donde, según la tradición, estuvo el árbol en que fué azotado el diablo; nos mostró igualmente una pequeña puerta abierta en un costado de la capilla y actualmente cerrada con adobes, por la que al decir de los indios se escapaba todas las noches Fray Domingo de Betanzos para ir á Roma, volviendo á entrar por ella al día siguiente, de madrugada, para decir misa.

Saciada nuestra curiosidad y vuelta nuestra imaginación á las realidades de la vida, después de haber vagado agradablemente por las regiones del misterio y de la fantasía, salimos de aquel poético lugar y algunas horas después del pueblo, sumidos en tristes y desconsoladoras ideas.

Pensábamos que hace poco menos de 300 años, cuando en Tepetlaoxtoc no había sin duda ayuntamiento ni cosa que lo valiera, sus vecinos no carecían de agua potable, pues dulce y cristalina era la de la fuente que surgió al simple pedimento del P. Betanzos. Hoy, no obstante que podía repetirse el milagro, si no con ro-

gativas, si por los medios aconsejados por la ciencia, pues vimos por allí sitios que por la humedad exterior manifiestan tener corrientes de agua á poca profundidad; hoy, repetimos, se toman el trabajo de extraerla de profundos pozos y su sabor no es “dulce” ni mucho menos, conteniendo, probablemente, los “detritus” cadavéricos del inmediato cementerio.

Pensábamos, también, que no obstante la durísima lección que el diablo recibió allí, tiene la desvergüenza de hacer frecuentes excursiones por aquellos rumbos, si hemos de dar crédito á las relaciones de robos, plagios y asesinatos que después del V. P. Betanzos y en no lejanas épocas, se han perpetrado en esa Villa; relaciones que oí de sus respetables y verídicos vecinos.

—o-o-o—